

inmaculada desde el primer instante de su sér? ¿Quién fué más obediente que el Cristo a María? ¿Qué acto de mayor honor, reverencia y ternura que la obediencia? y si El estuvo sujeto a Ella con la más perfecta obediencia ¿cómo creer que a El le desagraden los mayores esfuerzos para agrada-la a Ella? Y ¿será posible que la Madre así honrada por el Hijo y que honra al Hijo de sus entrañas con el mismo espíritu de obediencia, como nos lo enseña incesantemente, repitiendo llena de generoso amor:—Haced cuanto El os diga, — será posible, digo, que por algún concepto inspire una devoción que no sea la más armónica con la devoción de su divino Hijo? ¿Es que Ella toma para sí el honor que se la tributa por los hombres? ¿No fué Ella la gran Maestra, que, al escuchar las alabanzas de su prima S. Isabel, prorrumpió en el más inspirado cántico que ha brotado de humano pecho en honor de su Dios y de su Salvador? A la que en todos los instantes de su vida, aún el más glorioso, en el de la divina Maternidad, la contemplamos confesándose con hechos y palabras de la más cristiana perfección ¿podremos considerarla como formando bando aparte, y por algún concepto desviador del servicio de Cristo? La Madre y el Hijo perfectísimos, ¿pueden ser por modo alguno extraños el uno al otro y dejar de estar relacionados, unidos, transformados uno en otro de tal modo, que El sea todo Ella y Ella todo El, salvando siempre las debidas distancias entre la Madre humana, divinizada en la Maternidad del Hijo, y el Hijo divino, humanizado en su Madre? ¿Quién podrá excogitar relaciones más íntimas? El que a Ella no agrade, jamás agrada-rá al Hijo de sus divinos amores. El que no busque a Jesús en vuestros brazos, no lo hallará en parte alguna, aunque así lo juzgue. *Invenierunt puerum cum María matre ejus; hallaron al Niño con María su madre.* (S. Mat. 2, 11.) Y ¿en donde se podrá aprender mejor el amor a Cristo que en el corazón Inmaculado de María?

Cuando nuestro Btc. Grignon ha como increpado para corregir y atraer al sincero espíritu cristiano a los que se tenían por sabios en su tiempo, y poseían reparos protestantes o jansenistas a la verdadera devoción a María Santísima, como si callera en el más profundo desaliento por el poco afecto que presentía que habían de causar sus fervorosas palabras, exclama: «Sin embargo, mi amable Maestro, la mayor parte de los sabios, en castigo de su orgullo, no se alejarían más de la devoción a vuestra Santísima Madre, ni se mostraría más indiferentes de lo que ahora son para con Ella, si fuera verdad lo que acabo de decir.»

«Vos sois Cristo, mi padre santo, mi Dios piadoso, mi rey grande, mi pastor bueno, mi maestro único, mi ayuda óptima, mi amado bellissimo; mi pan vivo, mi sacerdote eterno, mi guía para la patria, mi luz verdadera, mi dulzura santa, mi camino recto, mi sabiduría preclara, mi simplicidad pura, mi concordia pacífica, mi custodia completa, mi porción preciosa, mi salvación eterna.

«¡Oh Jesucristo! mi amable Señor, ¿por qué habré yo amado y deseado en toda mi vida algo fuera de Vos, Jesús, que sois mi Dios? ¿En dónde estaba cuando no pensaba en Vos? Infla-raos, desde este momento, deseos todos de mi corazón; precipitaos hacia Jesús, mi Señor; corred, que mucho habéis tardado hasta ahora; apresuraos a donde vais; buscad a quien buscáis; Jesús, anatema contra aquél que no os ama, que se le llene el cora-